

J. BENEYTO, P. CALATAYUD (coord.) (2012) *Reivindicación del sindicalismo*, Madrid, Fundación 1º de Mayo y Editorial Bomarzo.

¿Es necesario, en un país que hasta el año 1977 vivió en una dictadura reivindicar el sindicalismo? La respuesta tras leer este texto es Sí, sobre todo atendiendo a las palabras finales del mismo que recogen una intervención del periodista Iñaki Gabilondo “Los sindicatos están siendo sometidos a un auténtico linchamiento. La verdad es que este linchamiento empezó años atrás, cuando el pensamiento neocon necesitaba despejar todos sus caminos para avanzar sin la menor obstrucción.”

También es necesario, reivindicar el sindicalismo, dadas las obscenas intervenciones del nutrido grupo de periodistas y tertulianos al servicio de oscuros intereses que, desde hace un buen tiempo, arremeten contra todo lo que signifique movimiento de los trabajadores y representación sindical. Pero lo peor, no es que este grupo de creadores de opinión inventen, fabulen y no aporten prácticamente ningún dato real, más allá de la invención de negras leyendas urbanas sobre las asociaciones de los asalariados. Más lamentable aún es que autores pretendidamente académicos, normalmente miembros de consejos de administración o de fundaciones al servicio de las entidades financieras, la patronal o las grandes empresas, repitan como un mantra anclado en las prácticas de los más nefastos empresarios del siglo XIX, - justo aquellos que crearon la cuestión social - las maldades y defectos de las organizaciones colectivas de los asalariados. Ya prevenía el canciller de hierro Bismarck a los obreros alemanes sobre los problemas que les sobrevendrían de apoyar a las organizaciones de los trabajadores, mientras loaba las virtudes del movimiento espontáneo y no organizado. Y Bismarck tuvo toda la razón, aunque no en el sentido anunciado, el problema no fue obrero, sino del gran capital alemán que condujo a su pueblo y a la humanidad entera a dos grandes guerras mundiales y al advenimiento del nazismo. En todo caso muchos de estos académicos, mientras loan las virtudes de un supuesto mercado libre, en el que son incapaces de observar el proceso de concentración de poder y la oligopolización real de áreas clave de la economía por parte del capital más especulativo, sostienen machaconamente el papel monopolista que ejercen los sindicatos en los mercados de trabajo; lo que, según ellos, conduce a las mayores desgracias en forma de precariedad y paro. Se olvidan que el mercado de trabajo es un mercado derivado y que el verdadero problema está en la concentración de poder en los mercados de bienes y servicios. El decil de mayor renta, el 1% que ya se está popularizando desde hace unos años - el 1 por 1000 del que nos hablan otros-, ha puesto en práctica una campaña basada en la reducción de derechos de los ciudadanos, comenzando por los derechos sociales y laborales (no nos metiéramos con la sacrosanta propiedad privada), pero sin dejar de visar un objetivo a más largo plazo, como es la reducción o aniquilamiento de los derechos políticos y la democracia. Así se habla de la corrupción, del descrédito o la incapacidad de los políticos y de la política para salir de la crisis, pero no se habla de empresas y ejecutivos corruptos, de paraísos fiscales, ni de la extraña

confluencia entre poderes político, mediático y económico o financiero en un horizonte de especulación de incierto futuro.

El hecho de que los sindicatos, y especialmente las organizaciones de los trabajadores españoles, con su relevante papel en la lucha contra la dictadura y en el establecimiento y consolidación de la democracia, se vean sometidos a este sistemático y cansino acoso y derribo, contiene la semilla de éstas dos líneas de acción. Deslegitimándolos y destruyendo su capacidad de acción colectiva, individualizando a los asalariados, es más fácil retornar a las empresas toda la capacidad de decisión, reducir los costes laborales, acabar con la decencia y la dignidad del trabajo, al tiempo que se empeoran las condiciones de vida, y se disminuyen los derechos sociales. Pero también molesta a aquellos que ya les fue bien con la dictadura, o que se abstuvieron de votar la Constitución, el papel jugado por los sindicatos en el advenimiento de la democracia y su constancia en perseguir, por la vía de la presión parlamentaria o de la movilización y de la huelga general, la ampliación de los derechos sociales y la mejora de las condiciones de ocupación y trabajo; sin embargo, todavía tan alejadas en la mayoría de las comparaciones respecto del núcleo central de países europeos. Por ello, el ataque a los sindicatos es un principio estratégico para conseguir el objetivo de minar las instituciones democráticas.

En este panorama se ha presentado un libro editado por la Fundación 1º de Mayo, prologado por dos dirigentes de CCOO, Rodolfo Benito y el secretario general Ignacio Fernández Toxo. Una mirada superficial sobre el mismo, conduciría a pensar que se trata de un texto pensado para la acción sindical y la intervención política. Sin embargo, tras la primera prevención se observa que el libro aporta materiales para la reflexión y la crítica rigurosa. Ese es el caso de la valiosa introducción histórica sobre el sindicalismo y la cuestión social a cargo del profesor Ramiro Leigh, que no sólo repasa los orígenes del movimiento obrero español, sino que lo contextualiza en el seno del desarrollo de las organizaciones de los trabajadores europeas y norteamericanas, para dar paso a la historia más reciente de lucha contra la dictadura y afianzamiento de la democracia; economicismo o revolución, ellos o nosotros, la fuerza del poder corporativo hacia los años sesenta y setenta del pasado siglo, son conceptos que expresan contradicciones, pero también la evolución del movimiento obrero que, periódicamente ha debido enfrentarse al reto de su renovación y transformación: del sindicalismo de oficio, al sindicalismo general; del sindicalismo tradicional al nuevo sindicalismo y ahora del sindicalismo industrial al postindustrial. Y todo ello bajo la bandera de la solidaridad, el valor clave que han defendido en nuestras sociedades estas organizaciones; como expresa una frase remarcada por el autor: 'Los ricos se pelean entre ellos para ser más; los pobres nos tenemos que ayudar para sobrevivir'. Tras esta acotación diacrónica, sigue una descripción detallada y comparada de la situación actual del sindicalismo español, con referencia al europeo, realizada por el profesor Pere J. Beneyto. En la misma se describen los modelos sindicales en relación a los modelos de relaciones laborales, o la afiliación y la cobertura de la negociación colectiva como fuentes de legitimidad. Centrado en el caso español nos ofrece datos actualizados de niveles y composición de la afiliación, de las elecciones sindicales como base de la represen-

tación sindical y presencia en la negociación colectiva, así como datos de su cobertura, para acabar con un estudio más profundizado de CCOO. Son esos mismos datos los que revelan la injusticia del tratamiento denigrante que supone la campaña antisindical: más de 3 millones de afiliados, más de 300 mil delegados elegidos en elecciones democráticas en los centros de trabajo, en las que participan más del 60% de los trabajadores, y que representan a los asalariados ante sus empresas, o que negocian los convenios colectivos para el 80% de los trabajadores españoles. Unos convenios que garantizan ocupación, condiciones de trabajo, formación, competitividad, productividad, calidad en y del trabajo, integración, paz social, de una manera dinámica y adaptada a diferentes niveles, situaciones, sectores, territorios y colectivos. Además, todo ello funciona (función social de los sindicatos) gracias a las cuotas de los afiliados y a las actividades de asesoramiento que significan el 90% del presupuesto, pero también gracias al trabajo voluntario y voluntarista y unas subvenciones públicas (un diez por ciento del presupuesto, aportación similar a la de las patronales) que no son ni la sexta parte de lo que reciben los partidos o el cine español, una tercera parte de la que reciben los toros, o veinte veces menor que la recibida por la Iglesia Católica.

Uno de los aspectos más interesantes de este texto es el trabajo de campo realizado en forma de entrevistas. Efectivamente, el libro nos ofrece 38 entrevistas a sindicalistas (mitad hombres y mitad mujeres); 38 vidas de trabajo y esfuerzo por mantener la dignidad. 38 personas que, mediante su contribución voluntarista (a menudo su jornada sindical comienza cuando acaba el horario laboral), dan muestra de la capacidad solidaria existente en nuestra sociedad. Se trata de trabajadoras y trabajadores de la industria y de los servicios, alguno de la construcción o de la agricultura, unos cuantos precarios o parados, también inmigrantes; varios jóvenes, trabajadores manuales y no manuales, cualificados y no cualificados, también profesionales y técnicos, incluso un autónomo dependiente. Se trata de sindicalistas a la vieja y a la nueva usanza. Los sindicalistas tradicionales tienen una alta antigüedad y un pasado luchador y antifranquista en el que se confunden demandas laborales, con conquista de derechos y libertades; son trabajadores de la minería o la industria, también profesores; todos en grandes empresas o en el sector público. Los nuevos sindicalistas se dividen en dos vertientes; unos, técnicos, profesionales o personal cualificado de empresas de las telecomunicaciones o la banca, también del sector público, con trabajo estable; otros son asalariados con menor cualificación, trayectoria laboral precaria y bajo sueldo, presentes en pequeñas empresas y sectores dispersos de servicios de menor valor añadido; entre estos últimos los inmigrantes y parados. Vidas trabajadas, densas y profundas, en las que destacan palabras como vulnerabilidad, precariedad, incertidumbre, miedo, también el resurgir de las distancias entre amos y siervos.

El esfuerzo de los sindicalistas clandestinos que lucharon contra la dictadura por los derechos de los trabajadores perdiendo a compañeros (por despido, detención o muerte), la consecución paulatina de parte de esos derechos durante la dura transición y, la paradoja que representa este proceso consensuado y peleado, con la pérdida brutal de esos mismos derechos en esta última crisis, mediante procedi-

mientos de urgencia decretados unilateralmente. Además, cuando muchos de esos sindicalistas entrevistados nos describen las condiciones en las que trabajan, sale a la luz que el mercado de trabajo español es muy flexible y que la potestad de decisión de las direcciones de las empresas es muy amplia: trabajadores sin derecho a paro, ni a pensión, precariedad o eventualidad extrema, trabajo a destajo, jornadas interminables a ritmos altos, salarios bajísimos. Y eso que estamos hablando de condiciones de trabajo antes de la vergonzosa y ‘agresiva’ reforma laboral del gobierno conservador del PP con el apoyo de CiU.

Casi todos estos protagonistas del trabajo y el esfuerzo cotidiano nos hablan de la hostilidad con la que las empresas advierten en contra de los sindicatos o de la decisión de representar colectivamente a los compañeros de trabajo; una reacción que, a veces, adquiere la apariencia de la competencia de sindicatos amarillos o corporativos y, cuando el trabajo es cualificado, aparece bajo la forma de pérdida de posibilidades de promoción y, si no, la simple discriminación. O cuando hay legitimidad y movilización, la amenaza de los EREs o del concurso de acreedores, el recurso a la subcontratación y a la economía sumergida o el trabajo ilegal. Para algunos empresarios todo vale.

No obstante las condiciones difíciles, la mayor parte de estos sindicalistas aprecian la autocrítica y se esfuerzan por repensar y renovar su propuesta y su acción para representar más adecuadamente a los asalariados. Destacan la necesidad del acercamiento, de la proximidad, de la combinación del trabajo en la empresa, con el sindical. Como también, la selección cuidadosa de los delegados, la información, comunicación y transparencia; la exploración de nuevas vías, sobre todo con los jóvenes; o el uso de las nuevas tecnologías, pero dando importancia al contacto directo. Sin olvidar la renovación de los equipos, la rotación entre delegados y liberados. La precariedad y los bajos salarios, el paro, alejan del sindicato, por eso los sindicalistas han de redoblar los esfuerzos para estar cerca de los puestos de trabajo y allá donde los asalariados tienen problemas. Muchos reclaman un trabajo digno y decente, para acceder a una vida digna y decente.

El trabajo de campo finaliza con un capítulo desarrollado a partir de 20 entrevistas a diferentes intelectuales; 9 mujeres y 11 hombres. Nueve de ellos están directamente relacionados con la Universidad, en áreas como la Economía, el Derecho del Trabajo, la Física o la Sociología. El resto son profesionales de especialidades bien diversas relacionadas con el ejercicio del derecho (jueces, fiscales o abogados), la política, el periodismo o la cultura (cine y literatura). También se recogen las palabras de personalidades relevantes como Federico Mayor Zaragoza, José María Mena o Marcos Peña. Todos remarcan el papel histórico del sindicalismo para acabar con los problemas derivados de la ‘cuestión social’, integrando a los trabajadores mediante la conquista de derechos, no sólo políticos, sino también sociales; entre ellos el estado social de derecho o del bienestar y la dignificación del trabajo y de los trabajadores; también el papel fundamental jugado durante la dictadura, para abolirla y, durante la transición, para estabilizar la democracia. Como dice el escritor Ramiro Pinilla: ‘El sindicalismo es tan importante que hasta Franco creó su sindicato vertical. Su función es básica: ¿quién si no va a defender a los trabajado-

res?’ Otros remarcan su papel de defensa contra los abusos de las oligarquías, o de protección frente al desempleo, la esclavitud y la servidumbre. Los sindicatos de clase aúnan el impulso de reivindicaciones económicas y laborales, con la demanda y defensa de las libertades; abren posibilidades de ejercer como auténticos ciudadanos a personas excluidas por los privilegiados.

Los entrevistados remarcan algunos puntos débiles de las organizaciones sindicales, como la dificultad de llegar a los centros de trabajo pequeños de sectores dispersos o la representación de los desempleados; así como alcanzar a los jóvenes y otros sujetos débiles. También enumeran los peligros del corporativismo y de la burocratización, o la distancia entre militantes y trabajadores y la necesidad de encontrar nuevas formas de representación. Asimismo dificultan la visión positiva de las asociaciones de trabajadores la competencia intersindical, las prácticas neoliberales, las dificultades de la internacionalización. Por todo ello sugieren que el oficio de sindicalista debe cambiar. Y para gobernar este cambio los entrevistados sugieren usar las fortalezas del movimiento obrero: su capacidad de reforma, y proyecto cultural propio; la capacidad de cooperación y solidaridad de los sindicatos españoles; su contribución a la concienciación y generación de valores, o a la integración y la consecución de paz social al institucionalizar el conflicto.

Por lo que respecta a la campaña de deslegitimación orquestada —y que es el objetivo a batir por el texto— remarquemos las palabras del escritor Martínez Reverte: ‘Hay que oponerse. Mientras se critica a los sindicatos nadie habla de los ejecutivos de grandes empresas y bancos que nos han metido en la crisis’; o las de Mayor Zaragoza: ‘Es inútil. Es una forma de intimidación, de aquellos que pretenden el gobierno de muchos por unos pocos. Hay que romper el silencio’; o las de José María Mena: ‘Es un indicador de la capacidad transformadora de los sindicatos; por ello les temen las fuerzas conservadoras. Pero los sindicatos son aún las únicas organizaciones en España que agrupan a millones de personas y que pueden movilizarlas y coordinarlas.’

Por todo ello, sugieren estos intelectuales, el sindicalismo es básico para el pleno ejercicio de la ciudadanía y para conseguir trabajos estables y dignos. Sí, hay que afiliarse, para fortalecer el sindicalismo y hacerlo más independiente y poder contrarrestar las prácticas neoliberales: ‘hay que responder a los recortes con movilización’.

Pere JÓDAR  
pere.jodar@upf.edu

Ramon ALÒS  
ramon.dealos@uab.cat